

DISQUISICIONES FILOLOGICAS SOBRE EL TEXTO HEBREO DEL ECLESIASTICO

Prenotandos

NADA apenas se ha escrito en español acerca del texto original hebreo del *Séfer Mešalim* o *Séfer Musar*, según la denominación judaica, o *ἡ πανάρετος σοφία*, conforme a su título griego, es decir, el comúnmente llamado *Eclesiástico*, por antonomasia el *Libro de la Iglesia*, o sea, el libro o la Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac (o Sirá), también llamado Siracides, escrito en hebreo en el siglo II a. C., cuyo texto original desapareció en el siglo XI y reapareció en venturosa epifanía (a pesar de su deterioro y lagunas) del fondo de la Guenizá de El Cairo a fines del XIX.

Las biblias hebreas, editadas por cristianos, incluida la de Kittel-Kahle, en espera tal vez de que pueda completarse el texto original con el hallazgo tan deseado de algún otro códice, no lo incluyen ni siquiera a modo de Apéndice. Los judíos, por su parte, aunque interesados hoy, lo mismo que durante todo el primer milenio de nuestra era, por este libro de tan alta sabiduría, «uno de los monumentos más instructivos de la literatura hebraica en su declive», en frase de Israel Lévi ¹, de tan palmaria utilidad para

1. *L'Ecclésiastique ou la Sagesse de Jésus, fils de Sira, texte original hébreu édité, traduit et commenté par* —. I, 1898, II, 1901, Paris; II p. LXVII.

iluminar la historia, la ideología y el estado espiritual del pueblo hebreo en la época helenística, así como la lengua hebrea en ese intermedio bíblico-misnaico, que hoy despierta singular atención, jamás lo incluirán como es lógico, en el *Séfer Torá N'eh'ir: u-K'etúhim*, tratándose de un libro no considerado por ellos como divinamente inspirado, aunque humanamente magnífico. Consecuencia: el texto hebreo de este libro, y aun su historia, son poco conocidos entre nosotros. Sin embargo, el hecho de que empiece a tenerse en cuenta en las versiones modernas realizadas sobre los textos originales, con mejor o peor acierto, abona la necesidad de un mayor conocimiento del mismo, como de sus visicitudes, contenido y lenguaje.

En el último decenio se ha vuelto a poner en el primer plano de la actualidad el estudio del depósito bibliográfico exhumado de la Guenizá cairensa, en que figuró el Eclesiástico como joya excepcional, por el gran investigador de estas cuestiones Paul Kahle con su obra *The Cairo Geniza* (London, 1947). El hallazgo de aquel tesoro de viejos pergaminos y papiros, a pesar de haber transcurrido ya más de medio siglo, no ha perdido interés, sino que lo ha aumentado, según nos demuestran obras tan sugestivas como la mencionada, no tanto, aun siendo mucho, por lo que instruyen, cuanto por lo que ponen de manifiesto nos falta aún por dilucidar a propósito de dichos manuscritos y en múltiples cuestiones, hebraicas principalmente, a la luz inesperada de estos viejos documentos ².

Antecedentes del Eclesiástico

Sabido es que el Eclesiástico, al igual que Tobit, Judit, Sabiduría, Baruc, I y II Macabeos, y algunas porciones de Ester y Daniel no figuran en el canon judaico palestinese, y entre los católicos son llamados *deuterocanónicos*, por haber sido admitidos en el canon de libros inspirados con posterioridad a los protocanónicos, que son los únicamente incluidos en la *Biblia* hebrea y

2. Véase nuestro estudio sobre *La Guenizá de El Cairo y sus exploraciones*, publicado en este *Miscelánea* I (1952) págs. 3-25, y *Algunos aspectos de la poesía sinagoga*. *ibíd.* III (1954) págs. 5-22.

componen dicho canon palestinense, criterio restrictivo con el cual coinciden los protestantes, por lo que al A. T. se refiere.

Los judíos alejandrinos admitían unos y otros, como se deduce de la versión de los Setenta, realizada por y para los judíos de habla griega, cuyo centro principal y segunda patria era la populosa Alejandría.

Respecto a la autoridad y valor que los judíos palestinenses y sus secuaces en esta apreciación adjudicaban a los libros que llamamos deuteroacanónicos, existe variedad de opiniones entre los exegetas católicos. Unos estiman que los conceptuaban igualmente inspirados que los otros; pero por haberse ya clausurado el canon no les pareció conveniente colocarlos en idéntico plano de igualdad. Otros, en cambio, afirman, y los testimonios judaicos sobre todo los de épocas posteriores y de hoy día lo corroboran, que esos libros, lo propio que otros muchos extrabíblicos y post-bíblicos, eran y son considerados por los judíos como apócrifos, es decir, pura y simplemente «no canónicos». Entre esa copiosa colección de libros apócrifos, unos se refieren al A. T. y otros al Nuevo; son muy poco conocidos y no divulgados entre los cristianos en parte por razones de prudencia, para evitar confusiones con los libros sagrados que gozan de la excelsa prerrogativa de la *theopneustia*. Los apócrifos relativos al A. T. fueron escritos en su mayoría por judíos, entre el siglo II a. C. y el II d. C. (o el IV según algunos), en lengua hebrea, aramea, griega o latina, y son 18 en total (6 históricos, 6 didácticos y 6 proféticos). Los apócrifos del N. T. suman 25, y fueron escritos, bien por herejes para propagar sus errores, bien por fieles cristianos, como complemento de los libros canónicos, siguiendo piadosas tradiciones, pero añadiendo no pocas fábulas y fantásticos prodigios.

La finalidad que perseguían los judíos autores de dichos libros apócrifos era adicionar a la Ley escrita nuevas tradiciones, estatutos, comentarios y exhortaciones morales, ya fuese con el deseo de completar la historia bíblica, ya de anunciar como inminente el cumplimiento de los vaticinios proféticos, y levantar de este modo el ánimo de los judíos, abrumados por las persecuciones y desgracias. La consideración de que gozaron estos escritos en las comunidades judaicas varió según las épocas y el criterio de los rabinos. Algunos de éstos, a fuer de celosos guardadores de la Ley pura e incontaminada, proscribían toda obra escrita que se refiriese a asuntos bíblicos, fuera glosa, comentario, ampliación o resumen. Otros eran par-

tidarios de una mayor libertad, como lo demuestra el simple hecho de que, a pesar de todo, tales libros se hayan transmitido hasta nuestros días, al menos en traducciones, bien que con diversa fortuna: *habent sua fata libelli*.

De todos modos es muy significativo el hecho de que un libro como el Eclesiástico, fragmentariamente conservado en la Guenizá de El Cairo en cuatro manuscritos diferentes, se perdiera en su texto hebraico, como igualmente «tant d'écrits composés en hébreu ou en araméen, aux environs de l'ère chrétienne et qui n'ont pu arriver jusqu'à nous que sous leur travestissement grec, latin, éthiopien etc.», que formaban «cette littérature apocryphe si riche que les Juifs, les premiers à devoir la conserver pieusement ont malheureusement laissé se perdre!»³.

Aparte de los azares y vicisitudes sin cuento de la historia judaica, seguramente que la tendencia antihelenística de muchos doctores en los primeros siglos del rabinismo, y posteriormente el crudecimiento inquisitorial en ciertas épocas, aunque no compartidos por todos, contra los libros apócrifos, la ocasional preponderancia de los caraitas en ciertos lugares (precisamente en Egipto tuvieron especial auge) y la decadencia cultural en determinadas épocas fueron causas diversas que acarrearón la pérdida de esas obras del tesoro cultural hebraico, que tanta luz arrojarían sobre la historia, la literatura, la filosofía hebraica del período bastante oscuro que enlaza la Biblia con la Mišná.

Que el Eclesiástico fue escrito originariamente en lengua hebrea no deja lugar a duda. Esto ya se sabía con absoluta seguridad antes del hallazgo del texto hebreo, por multitud de testimonios extrínsecos. El primero es del propio traductor al griego (136 a. C.) y nieto del autor, según manifiesta en el breve pero substancioso prólogo que encabeza el texto de los Setenta (“ἑβραϊστί“), y que conservan todas las versiones de ella derivadas. San Jerónimo, que no retocó ni revisó la versión latina existente —*calamo temperavi* afirma— lo confirma también: «*hebraicum reperi*», dice en su *Praef. in libros Salomonis*. La tradición judía lo corrobora hasta la época en que fueron escritos los manuscritos hallados en la Guenizá. De excepcional importancia es el testimonio expreso del gaón Se'adya (s. X), natural de Fayyum (Alto Egipto), el cual en su *Séfer ha-galuy* (V, p. 150 de la edic. de Harkavy), dice textualmente: «Así vemos que

3. I. Lévi, o. c. I, p. VI.

Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar ben Sirá, compuso un libro de moral parecido a los Proverbios por su división de capítulos y versículos.» Y añade que el libro estaba puntuado con mociones y acentos⁴, asemejándose en ésto al libro de Eleazar hijo de Iray, libro sapiencial análogo al de Ben Sirá, al de los Macabeos redactado en arameo, etc. Hasta tal punto se consideraba signo de distinción en un libro el ir puntuado, que S^{ec}adya, por haber redactado un libro en esta forma fue acusado de haber querido imitar a los Profetas. Numerosas son las citas que del Eclesiástico se encuentran en la literatura rabínica y que han sido estudiosamente registradas⁵. Las hay de los siglos V a X, de tal manera que su existencia se constata casi sin interrupción hasta el mencionado S^{ec}adya; pero a partir de éste, no hay memoria de tal libro, hasta el extremo de creerse definitivamente perdido en su texto original.

Algunos han creído que la presencia de los códices hebreos del Eclesiástico en la Gueniza obedecía al carácter depurador que también tenía ésta, ya que en ella se arrojaban, aparte de las obras religiosas indicadas, otras que los Rabinos creían oportuno retirar de manos de los fieles israelitas, como ciertos libros apócrifos o heréticos. Sin embargo, la conservación misma de ese texto, hasta una época tan tardía, y la reverencia con que es citado en la literatura judaica son pruebas que demuestran ya la alta estimación de que gozaba. Pero hay otros argumentos intrínsecos de mayor excepción. Oigamos a un judío, el mencionado Israel Lévi: «A igual que los rollos de la Ley, las líneas están trazadas con estilete, primera señal de la importancia que se daba al libro. Las páginas aparecen divididas en dos columnas, cada una con un hemistiquio, de tal manera que cada versículo ocupa una línea. El fin del verso está señalado por los dos puntos (*sôf pasûq*) empleados en los libros bíblicos. Estos detalles muestran bien a las claras que la obra era considerada casi como si hubiera pertencido al Canon... Por si fuera necesaria otra prueba más de la consideración en que era tenido el libro he-

4. Ninguno de los manuscritos gueniziacos con fragmentos del Eclesiástico lleva puntos vocálicos, al menos con regularidad, lo cual indica que ninguno de ellos es el ejemplar a que S^{ec}adya hace referencia.

5. S. Schechter, *The quotations from Ecclesiasticus in Rabbinic literature*, en JQR 3 (1891), p. 682-706. Item, A. A. Cowley y A. Neubauer, *The original Hebrew of a portion of Ecclesiasticus... followed by the quotations from Ben Sira in Rabbinic literature*, Oxford, 1897.

braico de Ben Sirá, no podría haberla más decisiva que la Masora de que va provisto el texto». (Ob. cit. I; p. IX y XI). Todavía insiste más en este punto el mencionado autor en la II Parte de su obra (p. LXVII), estampando esta concluyente afirmación: «Así, la exclusión del Canon bíblico no le hizo sospechoso a las conciencias más timoratas, y a ese favor de que gozó entre los judíos durante más de doce siglos debemos el haber conservado, en gran parte, uno de los monumentos más instructivos de la literatura hebrea en su declive.» Y por si no bastaba esto, anteriormente había insinuado otras dos razones. Fundándose en que el manuscrito D (vid. infra) es de un formato pequeño con caracteres grandes y contiene trozos escogidos, cree se trata de una selección para uso de los escolares, «nueva demostración de la estima que rodeaba al Eclesiástico». Asimismo, por un fragmento (acéfalo) redactado en prosa rimada, que publicó Schechter⁶, y que sigue bastante cerca algunas tiradas de versos del Eclesiástico, deduce que los moralistas judíos buscaban con agrado la inspiración en este libro (Ob. cit. II, p. XVIII).

Del Eclesiástico se conservan dos versiones antiguas efectuadas directamente del texto hebreo: 1.^a la griega efectuada el año 136 a. C. por un nieto del autor, y 2.^a la siríaca de la Peshitta, de fecha desconocida⁷. Esta última parece ser obra de varios traductores, de ahí que su mérito sea muy desigual. Cuando se ciñe al texto hebreo, resulta más esmerada que la griega; pero otras veces adopta un tono de comentario, paráfrasis, interpretación fantástica, o compendio, y hasta, no pocas veces, se aparta del hebreo para acomodarse al texto griego. En cuanto a la traducción que figura en la Vulgata latina, no es obra de San Jerónimo, como queda dicho; es la que estaba en uso en las iglesias de Africa desde la primera mitad del siglo III, como se comprueba por las citas de San Cipriano, particularmente en sus *Testimonia*, y no es otra cosa que una versión servil y a veces poco afortunada de la griega.

6. JQR, XII, p. 459.

7. Hay otra versión siríaca, denominada *Syro-Hexaplaris*, efectuada sobre la versión griega. Fue editada por Ceriani en *Monumenta sacra et profana*, t. VII, 1874.

Descubrimiento del texto hebreo y su publicación.

En 1896 las hermanas Mrs. Agnes Smith Lewis y Mrs. Margaret Dunlop Gibson adquirieron en un viaje por Oriente, entre otros numerosos y notables manuscritos y fragmentos, procedentes de la Guenizá de El Cairo, un folio cubierto de caracteres hebreos relativamente antiguos. Era una piltrafa llena de agujeros, rasgada y en extremo deteriorada; pero la configuración de las letras, la división en versículos de un texto que no parecía bíblico, su disposición en columnas y la especie de Masorá que figuraba en los márgenes hicieron sospechar a sus poseedoras que se trataba de algún escrito interesante. De regreso a Cambridge mostraron el curioso fragmento a Salomón Schechter, Profesor de Rabínico en la Universidad de esta ciudad, el cual no tardó en adivinar se trataba de un capítulo de la *Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac*, libro también llamado *Sirácides* y comúnmente conocido por los cristianos con el título de *Eclesiástico*⁸. Este feliz hallazgo le hizo emprender su histórico viaje al Cairo, con tan prósperos auspicios que vació por completo la Guenizá.

Al divulgarse la noticia, de haberse hallado un fragmento hebraico del *Eclesiástico*, que se creía irremisiblemente perdido en su texto original, fue tan grande el asombro que despertó y tan inverosímil parecía el hecho, que hubo de suscitar la «incredulidad preventiva» de no pocos críticos y hebraístas acerca de la realidad de su autenticidad, los cuales se inclinaban a creer se trataría más bien de alguna versión reciente⁹. No se crea que tal opinión fuese

8. Este primer fragmento del *Eclesiástico* fue publicado por Schechter: *A fragment of the original text of Ecclesiasticus*, en *Expositor*, 4 (1896), p. 1-15.

9. Negaron la originalidad del texto hebreo en cuestión, por ejemplo: D. S. Margoliouth: *The origin of the «original Hebrew» of Ecclesiasticus*, London, 1899; G. Bickell: *Der hebräische Sirachtext eine Rüksübersetzung*, en *WZKM* 13 (1899), p. 251-256. Véase también: R. Storr: *Einige Bedenken gegen die Echtheit des hebräischen Jesus Sirach*, en *ThQ* 106 (1925) p. 203 s.

La defendieron otros muchos: E. König, *Die Originalität des neulich entdeckten hebräischen Sirachtextes*, Freiburg, 1899. T. Tyler, *Ecclesiasticus: The retranslation hypothesis*, en *JQR* 12 (1899) p. 555ss. C. H. Toy, *Remarks on the Hebrew text of Ben-Sira*, en *JAOS* 23 (1902) p. 38-43. A. Fuchs, *Textkritische Untersuch. zum hebr. Ekklesiaistikus*. Freiburg i. Br. 1907. I. Touzard, *L'original hébreu de l'Ecclesiastique*, Paris, 1897. Item en **RB** 6

disparatada si tenemos en cuenta que de otro libro conceptuado también como extracanónico por los Judíos, el de Tobit, existen nada menos que cuatro versiones hebreas, alguna atribuida al siglo XII.

La publicación por S. Schechter del primer fragmento aparecido no desarmó a los incrédulos. Poco después entraba en la Bodleian Library de Oxford un fragmento mucho más extenso (nueve capítulos, 49⁹-59¹¹), llevado de El Cairo por el Prof. Sayce¹⁰. Dado a luz por A. E. Cowley y Ad. Neubauer, todos los sabios y especialistas acabaron por reconocer la autenticidad del discutido texto: se trataba, sin género de duda, del original hebreo, mejor o peor conservado, del *Eclesiástico*.

A medida que iban apareciendo nuevos fragmentos del mismo, que fueron a parar a diversos centros, publicábanse ediciones y estudios. Se investigó más a fondo la tradición acerca del texto hebreo original y se discutieron ampliamente los varios problemas lingüísticos y exegéticos que éste presentaba. Varios autores intervinieron en la publicación de los textos dispersos del *Eclesiástico*. Los susodichos capítulos de la Bodleiana fueron dados a la estampa por los citados Cowley y Neubauer¹¹; los de Cambridge, por Schechter y Taylor¹²; los de París, por Israel Lévi¹³. Otros textos fueron igual-

(1897) p. 271-282 y 547-573; 7 (1898) p. 33-58; 9 (1900) p. 45-62 y 525-563. J. Touzar es el firmante del art. *Ecclésiastique* en el *Dict. de la Bible* de Vigouroux, donde se consignan algunas otras obras.

10. Puede verse un facsímil de los fols. 1 recto y 9 verso en el *Dict. Bib.* de Vigouroux, art. *Ecclésiastique*.

En opinión de Neubauer, sub-bibliotecario de la Bodleiana, dicho manuscrito es de fines del siglo XI, y fue copiado probablemente en Bagdad o Persia, a juzgar por ciertas apostillas del mismo en lengua persa.

11. A. E. Cowley y Ad. Neubauer, *The original Hebrew of a portion of Ecclesiasticus* (XXXIX, 15 - XLIX, 11), together with the early version and an English translation and interpretation followed by the quotations from Ben Sira in Rabbinical literature, Oxford, 1897.

12. S. Schechter y C. Taylor, *The Wisdom of Ben Sira. Portions of the book Ecclesiasticus from Hebrew manuscripts in the Cairo Genizah Collection*, Cambridge, 1899.

13. Sobre la edición de los mss. de París notamos que P. Kahle da una referencia equivocada; la verdadera es ésta: Israel Lévi, *Fragments de deux nouveaux manuscrits hébreux de l'Ecclésiastique*, en *Revue des Etu. des Juives*, 40 (1900) p. 1-30, con dos láminas. Véase también I. Lévi, *Un nouveaux fragment de Ben Sira*, en *REJ*, 92 (1932), p. 136-145. Item la obra

mente dados a luz por J. Halévy, G. Margoliouth, Schecheter, Elkan Adler, M. Gaster y J. Marcus¹⁴. Entre las ediciones críticas basadas en textos ya publicados señala P. Kahle como principal la de R. Smend¹⁵.

A modo de resumen indicamos a continuación los capítulos a que se refieren los manuscritos tantas veces mencionados, que nos dan el texto hebreo del Eclesiástico:

Ms. A: 3⁶ — 16²⁴

¹⁶

Ms. C: 4 — 7

18 — 20

25 — 26

27

} Solamente fragmentos de estos capítulos

Ms. B: 30¹¹ — 33⁸

35¹¹ — 38²⁷

39¹⁵ — 51⁸⁸ (fin)

Ms. D: 36²⁹ — 38¹

Ms. E: 32¹⁶ — 34¹

Es de notar que la numeración de versículos no se corresponde exactamente en el texto hebreo, la versión griega, la Vulgata y la Peshitta siríaca.

Las porciones recuperadas del texto hebreo corresponden a 40 capítulos, completos o fragmentarios, y suman aproximadamente dos tercios del libro.

Como remate de todos los datos que anteceden consignaremos que Segal ha realizado una edición completa de todos los fragmen-

de conjunto con el texto, traducción y notas, que anteriormente hemos consignado. En la pág. LXIX de la II Parte incluye la bibliografía hasta 1901.

14. Referencias de P. Kahle en la ob. cit. p. 10-11: Halevy, en *Revue des Etudes Sémitiques*, VII pág. 688-702; G. Margoliouth, en *Jewish Quarterly Review*, XII p. 1-33; S. Schechter, *ibidem* p. 456-65; Elkan Adler, *ibid.* p. 466-80; M. Gaster, *ibid.* 556-65; J. Marcus, A fifth MS of Ben Sira, en *JQR*, 21 (1930) p. 223-237.

15. Rudolph Smend, *Die Weisheit des Jesus Sirach, hebräisch und deutsch*, 3 vols, Berlín, 1906-1907. Edición facsímil; H. L. Strack: *Die Sprüche Jesus, des Sohnes Sirachs*, Leipzig, 1903. Véase también N. Peters, *Liber Jesu Filii Sirach*, Freiburg. i. B. 1905.

16. Existe una laguna en 7²⁹ - 11³⁴.

tos, con versión al hebreo de las demás partes del libro a base del texto griego y el siríaco (Jerusalén, 1933).

Importancia que reviste el texto hebreo del Eclesiástico.

Ocioso sería ponderar, al cabo de medio siglo, la importancia tan grande que representa el hallazgo del texto original del Eclesiástico, justamente saludado desde su venturosa realidad como fecha memorable en los fastos bíblicos, el mayor descubrimiento bibliográfico, sin duda alguna, de los últimos tiempos en el campo escriturario, hasta los recientes hallazgos del desierto de Judá. Pero no estarán fuera de lugar algunas consideraciones sobre el tema.

Si el poseer el autógrafo de un escritor es de capital importancia para la depuración de un texto cualquiera, todavía mayor lo será descubrir el original de una obra determinada cuando solamente se poseía una o varias traducciones de la misma. El pensamiento de un escritor, máxime si es poeta o filósofo, y entrambas prerrogativas adornan al Sirácides, si únicamente se percibe trasvasado a otro idioma, en moldes, por lo tanto, diferentes de los que recibieron la creación literaria y en los que la incubaron las facultades intelectual-afectivas de aquél, forzosamente ha de resultar disfrazado y hasta falseado tal vez, con matices y tornasoles que rara vez coinciden con los del idioma original y el peculiar estilo empleado por el autor. Estas circunstancias se agravan en el caso presente, tratándose de lenguas que fueron vehículo y reflejo de civilizaciones e ideario tan distintos como el hebreo y el griego y de contextura, tendencia y genio tan dispares. Así resulta que, como advierte el traductor griego del Eclesiástico, «las cosas dichas en hebreo no tienen la misma fuerza cuando se traducen a otra lengua». ¡Y se trataba de una versión al griego, idioma soberanamente expresivo! Y añade que, como consecuencia, «no sólo este libro, sino aun la misma Ley y los Profetas y los restantes libros traducidos, difieren no poco comparados con el original.» Ciertamente semejante dificultad intrínseca se encuentra con suma frecuencia, ya que no siempre, en el difícil arte de traducir de una lengua a otra; pero teniendo en cuenta que si el hebreo bíblico adolece de penuria léxica es en cambio muy rico y denso en sentidos y de maravillosa lucidez dentro de su concisión, no constituye ninguna exageración sino abso-

luta verdad la atinada advertencia del nieto de Sirácides. Y lo peor es que en la práctica lo demostró, puesto que a la luz del texto hebreo se ha puesto en evidencia la errónea y deficiente interpretación de muchas palabras y frases de la versión griega, como igualmente de la siríaca.

Semejante dificultad para entender perfectamente un texto traducido, sin la compulsa del original, nos ofrecen asimismo, en otro orden y por razones diferentes, las obras compuestas en árabe por escritores judíos tales como el *Cuzarí*, de Yehudá ha-Leví, *Hobôt ha-l'babôt*, de Ibn Paquda, etc.

Consiguientemente, para la perfecta inteligencia del Eclesiástico era muy necesario disponer del texto original hebreo; como instrumento de comparación entre las variantes de las versiones griega y siríaca es insustituible, y la «verdad hebraica» ostenta una vez más su primacía. «Notre hébreu rend compte admirablement de divers non-sens et contre-sens qui défigurent G. et S., et qui ont pour origine une confusion à laquelle prête l'hébreu.» (I. Lévi, *ob. cit.* II, p. XX).

Un ejemplo. Hablando, el Eclesiástico del profeta Ezequiel dice de él (Eclo 49^o): וְגַם הַזְכוּר אֶת אֵיבֹב... הַמְכַלְכֵל כֹּל דְּוַרְכֵי צַדִּיק «también mencionaré a Job, que practicó todas las vías justas» (B. C.), que la versión griega traduce (?) así: «Καὶ γὰρ ἑμνήσθη τῶν ἐχθρῶν ἐν ὄμβρω καὶ ἀγαθῶσαι τοὺς ἐσθλόνοντας ὁδοὺς», y la Vulgata, a tenor del griego: «Nam commemoratus est inimicorum in imbre, benefacere illis que ostenderunt rectas vias».

¿Cómo puede explicarse tal incongruencia? Sencillamente a la luz de la crítica textual del hebreo. En vez de אֵיבֹב «Job», el traductor leyó אֵיב «enemigo», inteligible también en sentido colectivo, y ahí tenemos la clave de tan absurda interpretación de un versículo: una sencilla transposición de letras.

La palabra que sigue a אֵיבֹב ilegible en el ms. hebreo, unos la dejan en blanco, como Bover-Cantera, otros, leyendo o conjeturando la voz הַנְּבִיא «el profeta», como Nácar-Colunga. Más nos satisface la lectura y explicación que da I. Lévi, al suponer que probablemente sea בֹּרִים «entre los extranjeros» —mejor diríamos «con sus contrincantes, contradictores u oponentes (*enemigos*, en definitiva)»; pero el traductor griego leyó sin duda בֹּרִים ἐν ὄμβρω «en la inundación». Vulg. *in imbre*.

El despropósito se acentúa en el segundo hemistiquio: וְגַם הַזְכוּר אֶת אֵיבֹב... הַמְכַלְכֵל כֹּל דְּוַרְכֵי צַדִּיק dice el texto hebreo, y en G. leemos.

Καὶ ἀγαθῶσαι τοὺς ἐδῶντας ὁδοὺς, Vulg. *benefacere illis qui ostenderunt rectas vias*, «haciendo bien a los que rectifican los caminos». ¿Qué ha ocurrido? El traductor ha tomado מַבְלֵל en el sentido de «alimentar, mantener» y ha querido ennoblecer la expresión; pero en realidad se trata de una acepción nueva, es decir, no-bíblica, como tantas otras, del verbo בִּלְבַל «seguir, observar». Zorell, בִּל, בִּלְבַל entre otras acepciones, registra ésta: «iustus acciones suas curat, ad normam disponit. Sal 112⁵, Sir 49⁹ (este pasaje).

Prosigamos. En lugar de דְּרָבֵי «caminos de», leyó לְרָבֵי «los que andan».

La versión siríaca, aunque consigna el nombre de Job, tampoco anda muy acertada: «Igualmente de Job dijo: que todos sus caminos eran justicia». El traductor leyó בִּי בֵּל דְּרָבֵי צְדָק creyendo que בִּלְבַל era simple ditografía de בֵּל.

¿Cuál sería, pues, la traducción verdadera? Ante todo, para que la elucidación sea completa, hemos de referirnos también a la segunda palabra del v. הִזְכִּיר forma Hifil (factitiva) del verbo זָכַר «recordar», que la Vulgata, siguiendo el texto griego, vierte: «commemoratus est». Zorell, entre varias excepciones, señala para este verbo, en Hif. la de «d) *scripto memoriam rerum evocavit vel servavit: ita הַמְזַכֵּר secretarius, cancellarius*... Item «b) *praedicavit, annuntiavit. laudibus extulit*», y aquí consigna el versículo de Eclo. que nos ocupa.

Las versiones modernas que tienen en cuenta el texto hebreo traducen «hizo mención» (Nácar-Col.) y «mencionó» (Bover-Cant.), que es una tercera acepción que en c) añade Zorell, «*mentionem fecit*», bastante análoga a la de a) «*in memoriam revocavit. (com-)memoravit.*»

En vista de todo lo cual, la traducción que nosotros propondríamos para este versículo, que quizá tiene más trascendencia de lo que parece, sería: «hizo memorable (o enalteció) a Job [disputando] con sus contradictores, aquél que siguió (o no se apartó de) los caminos de la justicia.»¹⁷.

¿Qué se sigue del contenido de este versículo? Pues, rotundamente, a nuestro juicio, que el Eclesiástico adjudica la paternidad del libro de Job al profeta Ezequiel. Sería ridículo que el hecho de haber estampado el nombre de Job «mencionó» (Ez. 14^{14,20}),

17. Ponemos los parentesis por tratarse de una traducción *in fieri*.

junto a otros dos famosos personajes, aunque sea a título de ejemplo, se estimara como un mérito extraordinario digno de consignarse, a seguida de lo que en el versículo anterior se dice del profeta: «Ezequiel vió en visión la gloria que el Señor le mostró sobre el carro de los querubes» (Eclo. 49¹⁰), añadiendo después: «E hizo mención de Job, el profeta. que perseveró fiel en los caminos de la justicia» (v. 11). ¿Es que puede digna y serenamente admitirse que esto suponga un mérito extraordinario (pues nada más se añade), de un profeta como Ezequiel?

Véase las consecuencias que pueden derivarse de leer e interpretar un texto de una manera o de otra. Ciertamente que «... difieren no poco, comparados con el original». (Eclo. Prólogo).

Otra razón importantísima, al margen de las altas consideraciones que atañen al contenido ideológico, es el excepcional valor lingüístico que el Eclesiástico representa. «Fecundo para el teólogo, este descubrimiento lo es aun más para el filólogo y el exegeta: el Eclesiástico hebreo —desde el momento en que está datado con una precisión casi cierta— ofrece un jalón seguro para la historia de la Biblia y la de la lengua hebrea», dice I. Lévi, en la Introduc. de su citada obra (p. V). La falta absoluta de otros textos hebraicos correspondientes a esa época, dado que ni I Mac. ni los diferentes libros apócrifos que en aquel período se escribieron han pervivido, acrecienta el valor del Eclesiástico en este aspecto.

Estudio filológico del texto.

Los problemas lingüísticos y exegeticos suscitados por las porciones aparecidas del texto hebreo del Eclesiástico no son fáciles de resumir, porque se entremezclan con todos los problemas introductorios o de exégesis de cada texto o pasaje particular del mismo ¹⁸.

18. Numerosos autores han publicado notas o estudios, en diversas fechas, sobre los varios problemas que indicamos. Como complemento de las notas anteriores, añadamos los siguientes datos bibliográficos:

The Hebrew Text of Ecclesiasticus, by Prof. W. Bacher, A. Cowley, Dr. A. Neubauer, the Rev. Prof. Driver and the Rev. G. Buchanan Gray, en JQR 9 (1897) p. 543-572.

En la copiosa bibliografía publicada en torno a este libro a propósito de su texto hebreo no faltan comentarios de exégesis textual, introducciones y elucidaciones varias. Aquí nos limitaremos a breves notas de conjunto acerca de los siguientes aspectos:

- 1) *autor*, su vida y circunstancias en relación con su obra;
- 2) *época* en que el libro aparece;
- 3) *texto* y sus problemas;
- 4) *lenguaje y estilo* con las peculiaridades que ofrecen;
- 5) *métrica* y diversos ornatos poéticos de carácter formal.

1) *Autor.*

Ben Sirac se nos presenta a través de su libro, fiel reflejo de su ideología, de su carácter y de algunos aspectos de su vida, como un apasionado de la Sabiduría, un *hakam* muy versado en toda la literatura antigua de su pueblo y generosamente abierto a las corrientes luminosas de la cultura helénica. Muéstrase no sólo familiarizado con la lectura de los Libros sagrados, a fuer de hombre que «se había dado mucho a la lección de la Ley, de los Profetas y de los otros libros patrios, en los que adquirió gran competencia», en frase de su nieto y traductor, sino que la asidua meditación le había hecho asimilarse esa savia divina, convirtiéndola en jugo de su espíritu. Por eso el Eclesiástico, aun ofreciendo un amplio margen de concordancias con muchos libros de la Escritura, como cualquier otro, sin embargo, con el que mayores las ofrece es consigo mismo, sin incurrir en repeticiones, como prueba evidente de la íntima cohesión de toda su doctrina. Por eso también le cuesta poco al autor, a pesar de no ser ya el hebreo la lengua vernácula de Judea, al menos de un modo general, imitar con gran maestría el estilo clásico del idioma bíblico.

Mas a pesar de que Sirácides es un hombre de su tiempo, a nadie segundo en el conocimiento de la Ley y de la sabiduría e ideales de su pueblo, no aparenta el menor parentesco espiritual con la mentalidad farisea, que tamaña influencia había de ejercer poco después y durante muchos siglos, en el judaísmo.

I. Lévi, *Les nouveaux fragments hébreux de l'Ecclésiastique de Jésus, fils de Sira*, en REJ 39 (1899) p. 1-15 y 177-190; 40 (1900) p. 1-30;

Halévy, *Etude sur la partie du texte hébreu de l'Ecclésiastique récemment découverte*, Paris, 1897.

El autor del Eclesiástico, según confesión propia, no fué un hombre sedentario, que vive confinado en su rincón, aun cuando éste fuera la ciudad santa de Jerusalén (50²⁹), centro de la vida religiosa, cultural, social y nacional del pueblo judío, y «corazón del mundo» para todos los israelitas que se hallaban dispersos por todos los países. Su espíritu inquieto y apasionado del saber, más bien sin duda que fines lucrativos, le impulsaron a correr otros países y comarcas, arrojando grandes peligros (cap. 51). Sentía muy dentro de su alma generosa y grande el «*navigare necesse, vivere non necesse*», al menos, en sentido espiritual; de ahí que emprendiera largas peregrinaciones, uno de los medios que, según el Príncipe de nuestros ingenios, hacen discretos a los hombres, y Ben Sirac demostró serlo en grado sumo: «El que ha corrido mucho es rico en experiencia» (Eclo. 34¹⁶).

2) *Epoca*.

Entre las varias razones que abonan el interés extraordinario que por su contenido ideológico y por su lenguaje encierra el Eclesiástico no es la menor la fecha de su composición (2.^a mitad del siglo II a. C.), posterior quizá a todos los libros postexílicos más recientes (Cantar, Ester, Crónicas, Esdras-Nehemías) cuyo texto se haya conservado. Ese momento histórico, pleno apogeo de la época helenística, crisol donde se fundieron los más exquisitos valores de la cultura griega con el oro antiguo de las civilizaciones egeas, faraónica, mesopotámica, hebrea y otras muchas de Oriente y Occidente, de Europa, Asia y Norte africano, ese momento crucial en la historia de la cultura no podía por menos de influir poderosamente en la ideología reinante, en el hervor bullicioso de los espíritus.

Roto ya desde el exilio y sobre todo desde el advenimiento de Alejandro Magno el hermetismo que había encerrado providencialmente a Israel en su torre de marfil, o más bien bajo la sombra del Santuario, los sabios y doctores del pueblo judío experimentaron la influencia de la cultura griega, símbolo de toda civilización en aquella época, incluso los más refractarios a esas auras exóticas. Dos tendencias bien marcadas se dibujaron en este campo, no ya fuera de Palestina sino en el mismo corazón de la tierra de Israel: la de los *helenistas* o filohelenos, de espíritu abierto a las

sanas infiltraciones de la filosofía, el arte y las letras griegas, y la de los *hebraizantes* o misohelenos, que en definitiva eran los mismos fariseos, celosos defensores a ultranza de las patrias leyes y tradiciones, sin mezcla de exotéricas doctrinas, de las cuales se declaraban irreductiblemente «separados». El Eclesiástico representa en la literatura hebraica el testimonio más antiguo de la acción del helenismo sobre el judaísmo. En tanto no se descubran otros textos hebraicos más recientes de la época inmediatamente anterior a la era cristiana, este libro es el último eslabón de la literatura hebreo-bíblica, con el que se conecta la nueva modalidad lingüística que a la sazón se va desarrollando, y que tiene su representación más acabada en la Mišná. Tal circunstancia confiere a este libro en el estudio histórico de la lengua hebrea un valor excepcional.

3) *Texto.*

La falta de un texto completo del Eclesiástico, y sobre todo críticamente depurado, a la luz de una gramática hebrea definitivamente formada, de doctrina unánimemente aceptada (sabido es que hoy está en crisis la gramática masorética) y de orientación histórica, que abarque todo el antiguo hebreo clásico, es un obstáculo insuperable para el estudio lingüístico a fondo del libro que nos ocupa.

Cuando el momento en que aparece un autor o una obra de cualquier literatura, ya sea en la época arcaica o de formación de un idioma, ya en un estadio crucial de su evolución, adquiere especial relieve o significación, entonces el análisis de su lenguaje, y de su sistema poético y peculiaridades de versificación en el caso correspondiente, alcanza un máximo interés como punto de partida o base indispensable para el planteamiento y resolución de diversos problemas. Estos pueden ser retrospectivos, si consideramos las influencias anteriores que en tal autor o producción se manifiestan, o bien ulteriores, si miramos las manifestaciones literarias o poéticas de épocas siguientes que allí se entrocán. Este es precisamente el caso del Eclesiástico, cuya posición como final de un período o ciclo en la evolución de la lengua hebrea (aunque se haya dicho, y con razón, que las lenguas semíticas son por naturaleza poco evolutivas) y también de su poética, y comienzo de

otro no menor en duración y cuantía de obras, matiza su lenguaje de notas y particularidades muy dignas de atención.

El texto hebreo de que disponemos, cuyos azares hemos referido, cotejado con las dos versiones, griega y siríaca, presenta numerosas discrepancias, dentro de la conformidad substancial y habida cuenta de las leyes hermenéuticas, hasta el extremo que se ha sugerido como hipótesis nada inverosímil que el autor hubiera efectuado dos redacciones de su obra, que son las que tendríamos en el texto conocido y en la versión griega.

4) *Lenguaje y estilo.*

La lengua usada por Ben Sirac es el hebreo clásico; no hay en su sintaxis ninguna de las construcciones características de la Mišná; pero, dada la época y circunstancias, ofrece todo el aspecto de un lenguaje de imitación de los viejos moldes bíblicos. «Si, inconscientemente, ha sufrido la presión de la lengua de su tiempo, es porque ésta aún estaba viva, y no había renunciado a su resistencia contra la marea creciente del arameísmo.» (I. Lévi, ob. cit. I, p. XXII). No hay que olvidar que si bien oficialmente —y así lo demuestran los documentos insertos en el libro de Esdras— desde el retorno del cautiverio la lengua del pueblo palestinese era el arameo, como no es cosa fácil desarraigar un idioma de un pueblo, el hebreo perduró bastante tiempo arraigado en la masa popular, quizá con mayor tenacidad, como suele ocurrir, entre la gente rústica, el עם הארץ ¿No siguen los sefardíes hablando, y aun escribiendo, el castellano de sus antepasados, al cabo de quinientos años de estancia en países de otra lengua?

Hay además otras razones. No solamente en tiempos de Ben Sirac, sino varios siglos después, como atestigua el Talmud, el hebreo seguía siendo לשון חכמים «la lengua de los sabios», y entre éstos ocupaba en su tiempo un lugar destacadísimo el autor del Eclesiástico. Por otra parte, en la Mišná se recogen locuciones y términos, de agricultura, oficios, vida cotidiana, etc., del habla vulgar, que atestiguan la vivencia del hebreo.

Por lo tanto, Ben Sirac se encuentra sometido, desde el punto de vista lingüístico, a varias corrientes: 1.^a la influencia preponderante de la *Biblia*, cuya lengua es ya un canon venerable, pero arcaico, prestigiado por tan eximios hagiógrafos y ungido por tan

maravillosos recuerdos y tantos siglos de historia; 2.^a el ambiente cultural de los doctores y *soferim*, de la *bêt ha-midraš*, que ya iba adquiriendo vitalidad y desarrollo, como que empezaba ya a incubarse la obra magna a la que daría forma definitiva Yehudá ha-Naší en las postrimerías del siglo II o albores del III de nuestra era; y 3.^a la irradiación popular todavía pujante. La primera de estas tres corrientes que tienen su punto de convergencia en la obra de Ben Sirac está determinada por el profundo saber escriturario del autor y el contenido del libro, la síntesis más completa de todos los que componen el A. T., y se hace patente, sobre todo, en las referencias más o menos explícitas a otros lugares de la Biblia que esmaltan las páginas del Eclesiástico. La segunda se trasluce en el aire y estructura de la frase, y en el estilo académico característico del autor. La tercera está representada en los neologismos, voces y expresiones que no aparecen en ningún otro pasaje de la Biblia, y que, como es lógico, van incorporando ya los lexicógrafos al tesoro de la lengua escrituraria.

Sin embargo, a pesar de los neologismos, voces o expresiones de diversa procedencia (aramaísmos, arabismos, rabinismos) la invasión en masa de dicciones arameas, griegas o latinas que se advierte en la Mišná y las notas diferenciales que constituyen la sintaxis de ésta todavía está muy lejos de haberse perpetrado.

«Respecto al vocabulario y la sintaxis —dice I. Lévi (ob. cit. II, pág. XLVIs)— a pesar del deseo del autor de imitar a sus modelos, la lengua marca una etapa que no alcanzó ningún libro bíblico análogo. Los aramaísmos, los rabinismos y los arabismos son los rasgos característicos del léxico, todavía refractario a la infiltración helénica. El estilo denuncia igualmente una época decadente, mezcla de prolijidad y de concisión estudiada, de negligencia y afectación, audacia en las contrucciones, predilección por las repeticiones de giros, imitaciones y falsas elegancias, acumulación de imágenes incoherentes: todo eso denota una época en que la savia poética se había agotado, en que la espontaneidad era sustituida por el esfuerzo académico, el rebuscamiento pedante, lo artificioso y lo convencional.»

Gran parte de esos defectos pueden ser imputados al autor, pero otros han de atribuirse más bien a la época, de cuya influencia ningún autor puede totalmente sustraerse.

Nota destacada del Eclesiástico es la variedad de contenido, y,

en función de ésta, corroborada por la extensión, sólo comparable con la de los Profetas mayores, la variedad de estilo. Si Ben Sirac es el propio autor directo de todas las máximas y discursos contenidos en su libro, así como de su ordenación y estructura, hay que reconocer que forzosamente tuvo que escribirlo en diversas épocas de su vida, inspirarse en muchos otros libros más antiguos, sagrados y profanos, y hasta recoger de labios del pueblo nutridos ramilletes de adagios y sentencias, «como quien anda al rebusco después de la vendimia» (Eclo. 33¹⁶), según símil feliz del autor. En efecto, la diversidad de motivos, de estilo y de formas lo demuestra con palmaria claridad. Si por el contrario, como algunos pretenden, aunque nos parece menos probable, Ben Sirac fué principalmente colector de proverbios y máximas ya existentes en series ordenadas, la variedad de fondo y de forma tiene todavía más cumplida explicación.

Como quiera que sea, la policromía estilística, lo propio que la temática, es evidente, aunque no mayor sin duda de la que advertimos en muchos otros escritores-cumbres de la literatura universal, la que se ha señalado en Platón, Homero, Víctor Hugo o el propio Arcipreste de Hita. En el Sirácides su vida es su obra, y ésta un reflejo exacto de su mentalidad y de su alma.

Es de notar gran copia de elementos líricos, brillantes descripciones, cuadritos psicológicos de gran verismo y exactitud, numerosas frases tan preciosas como perlas, v. gr. «Como un fuego se levantó Elías»: «Vivo hizo prodigios, y aun muerto realizó maravillas» (Eliseo), «Amado de Dios y de los hombres, Moisés...», «Una buena palabra es mejor que un obsequio», etc.; y como áureo ropaje que envuelve la obra entera y aroma delicioso que aumenta su exquisitez, un profundo sentimiento religioso y un amor entrañable a la sabiduría, que vierte a raudales en forma parenética, sugestiva e insinuante.

En suma, Jesús el hijo de Sirac, por su profundo conocimiento de la Escritura, el saber hebraico, la filosofía helénica y el arte de bien vivir, por su pericia en la exposición y el vuelo de su fantasía dentro del marco de la poesía didáctica, demuestra ser al mismo tiempo un gran sabio, un gran maestro y un gran poeta. Y, aparte de estos títulos excelsos, es un piadoso israelita, temeroso de Dios, amante fervoroso de su Ley y entusiasta admirador y pregonero de «los varones gloriosos», blasón de Israel.

5) Métrica.

Quizá no se haya intentado todavía ningún estudio especial sobre la métrica del Eclesiástico, y no porque revista singularidad notable frente a los demás libros didácticos, sino por la escasa o nula atención que se presta, lo mismo en las obras exegéticas especiales que en las de carácter general, a este aspecto tan fundamental en toda obra poética. Sin embargo, en un libro de esta naturaleza el estudio de su versificación y valores métricos debe situarse siempre en un plano preferente dentro de sus méritos lingüísticos y de estilo.

Mientras no se disponga de un texto más completo y depurado, resulta absolutamente imposible efectuar un estudio detallado y concienzudo: sería levantar un tinglado sobre movediza arena. Por lo tanto, hemos de limitarnos a lo único que hoy podemos hacer, análogamente a lo que en su día hicimos respecto a la poesía bíblica en general ¹⁹, pero con la obligada brevedad, y es: formular unos cuantos principios básicos, señalar las directrices más marcadas y las particularidades más salientes de la versificación del Eclesiástico.

Sobre todo, a tenor de lo que pudiera considerarse como *leit motiv* del presente estudio, por lo que a la significación lingüística de este libro se refiere, haremos resaltar las semejanzas y divergencias con la poesía bíblica anterior, y también algunos rasgos que apuntan hacia las nuevas formas métricas que penosamente y con mil vacilaciones y tanteos fueron abriéndose paso en los primeros siglos de nuestra era en la poesía sinagoga. Ello demuestra una vez más que las evoluciones formales en la poesía de las lenguas corren parejas siempre con las transformaciones del idioma, bien cuando éste se disgrega de la lengua matriz para formar otra nueva, caso de las neolatinas en la Edad Media, o bien cuando por diversas influencias sufre una repentina y marcada evolución buscando nuevos derroteros, y, sin cortar la tradición, ostenta nuevos visos y modalidades, como es el caso del español y demás lenguas románicas, y sus respectivas poesías, a partir de su Siglo de Oro, en relación con el Medioevo.

El *Eclesiástico* es un libro poético-didáctico, lo mismo que

19. Vid. SEFARAD V (1945), p. 347. «Principios fundamentales del verso hebreo».

Proverbios y Job, de ahí que revista particular interés la comparación con éstos, no ya desde el obvio punto de vista de su contenido, sino en su aspecto métrico, que es el que aquí nos ocupa. Sabido es que el metro empleado en *Prov.* y *Job*, con absoluta regularidad (aparte de las ondulaciones propias del ritmo hebreo) es el *mašál*, constituido por un verso de seis pies o acentos, normalmente fraccionado en dos hemistiquios de idéntica longitud (3 + 3). Pues bien, en el *Eclesiástico* el metro predominante es la octopodia, o verso de ocho pies acentuales, fraccionada en dos hemistiquios de idéntica extensión (4 + 4). Ni que decir tiene que no ha de pretenderse un rigor absoluto, al estilo de la métrica clásica grecolatina dentro de su tipo de versificación cuantitativa; ello equivaldría a desconocer el genio hebreo, la holgada libertad de su idioma, el desembarazo de sus normas poéticas y el vuelo ágil y sin trabas de su numen, aun dentro de los moldes más restringidos y uniformes del *mašál*. Con todo, el susodicho metro de ocho acentos se mantiene en todo el libro con notorio predominio sobre los demás. Mézclanse algunas heptapodias (4 + 3) bastantes hexapodias (3 + 3), es cierto, lo cual nada tiene de extraño, pues unas veces será consecuencia de la omisión de alguna palabra, imputable a los copistas, otras efecto de la razonable libertad que los vates bíblicos siempre gozaron para moldear su pensamiento sin férreas restricciones, y no pocas quizá un procedimiento voluntariamente buscado para evitar la monotonía métrica, confiriendo variedad al ritmo. La diversidad temática y estilística, que anteriormente hemos hecho notar en todo el libro es natural que acarreará también cierta policromía métrica. Por otra parte, en ciertos casos, el que un verso sea de ocho, de siete o de seis sílabas dependerá exclusivamente de la manera de escandirlo, de que se haga o no mérito de algún acento secundario, o, a la inversa, se presuponga algún *maqgef* con la consiguiente pérdida de un acento, que alterará la economía de la frase poética, sin variar lo más mínimo la dicción ni la construcción sintáctica.

La octopodia del *Eclesiástico* implica un ritmo más amplio y desarrollado que el metro usual en *Prov.* y *Job*, muy en consonancia con la mayor densidad fraseológica y más acusado redondeo en la idea, que caracterizan este libro.

El elogio de los Patriarcas constituye un magnífico canto épico-lírico en honor de los varones ilustres, de los hombres de bien, אנשי חסד que son prez y noble orgullo de Israel. Ese doble aspecto

del poema, de alta entonación épica y florida unción lírica, se expresa con gran acierto mediante la armoniosa interferencia del ritmo más solemne de la octopodia, o la heptapodia, con el más ágil y flúido de la hexapodia. El fragmento correspondiente a Josué, «fuerte en las batallas», גִּבּוֹר בֶּן דָּוִד se desarrolló todo, o casi todo, en aquel ritmo más grandioso, por algunos considerado en los Salmos, como el metro épico; sus quince versos constituyen un estupendo canto bélico, de poderoso arranque y vehemente entonación en loor del paladín de Israel, que «combatió las batallas de Yahvé».

También en el himno-oración del capítulo 36, en pro de la restauración de Israel, predomina el *cursus tardus*, de acusada solemnidad, en consonancia con el estilo levantado y grandiosidad de los pensamientos expuestos.

A veces, como en el capítulo 5.^o se suceden varias hexapodias en número variable, cerradas sistemáticamente por una octopodia. Si semejantes series rítmicas son de tal categoría como para poderlas considerar verdaderas estrofas, es materia opinable y por cierto digna de estudio, muy a tono con la actualidad que el estrofismo bíblico ha tomado en los últimos años. Desde luego es un procedimiento bastante frecuente, aunque no presenta una estructura regular.

También se advierten alternancias de versos de ocho y de seis acentos, v. gr. en el capít. 7.^o (v. 1-10):

1-2 a (= 8 acentos)	7 c (= 7 acent.: 4 + 3)
3 b (= 6 acentos)	8 b
4 a	15 (huc transp. ?) c
5 b	10 b
6A a	11 a
6B b	

De 11 a 36 (final) siguen con bastante regularidad las octopodias.

La *cesura* es un elemento moderador del ritmo de gran importancia en toda clase de versos de arte mayor. No solamente existe en ese tipo de versos que aparecen materialmente seccionados en dos partes o hemistiquios, idénticos o proporcionados, sino que hay otras formas de cesura en la métrica de los idiomas, aun ba-

sándose ésta en principios muy distintos de la versificación silábica o acentual, como es el caso de la grecolatina, que demuestran el papel relevante que la cesura desempeña. En la antigua métrica hebreo-bíblica, en la postbíblica de los *payṭanim*, en la versificación árabe y en la de los poetas judíos medievales apenas se concibe verso sin cesura.

En los mss. del Eclesiástico de los siglos X u XI de que anteriormente nos hemos ocupado, la cesura se hace ostensible con perfecta claridad, hasta el extremo de separar ambos hemistiquios por un blanco de unos tres cms.

Como ya hemos indicado, la cesura suele dividir el verso en dos hemistiquios iguales (4 + 4 en la octopodia, o 3 + 3 en la hexapodia); sin embargo, también se advierten algunos versos, aunque poco frecuentes, de este otro tipo: 5 + 3 (v. gr. 4²⁰) ó 3 + 5 (v. gr. 4¹⁷⁻¹⁸).

El estudio de la *rima* reviste especial importancia en el Eclesiástico, como albores, principalmente, de la futura poesía postbíblica. Sabido es que en la versificación bíblica, como ornato eventual complementario, hace acto de presencia, lo mismo en los Salmos que en los libros didácticos y en los proféticos, con más frecuencia de lo que muchos creen, ya que hasta se ha negado la existencia de ese elemento rítmico, atribuyendo los casos en que es notoria a pura casualidad. Sin embargo, la rareza formal de muchas de ellas y la extraordinaria frecuencia de otras son argumentos poderosos en pro de su realidad; es sencillamente uno más entre los numerosísimos recursos de estilo que campean en la poesía bíblica, y de los que hay un verdadero alarde, todavía no bien estudiado, en poetas como Isaías.

En el Eclesiástico son tan abundantes las rimas en sus diversas formas: de una sola letra (vocal o consonante), de dos (con acento igual o sin él), de tres o más elementos análogos, todas ellas encontradas en la poesía bíblica anterior, así como de los varios tipos que por su colocación puede presentar: *arṣūza*, *qaṣīda*, *muwasṣaha* o *zaʿīl*, *šir meḥul-luq*, con estribillo, en forma de eco, etcétera.

Los nombres mismos de estas modalidades rítmicas nos orientan hacia la poesía árabe, donde son sistemáticamente empleadas. Antes lo fueron en las composiciones litúrgicas de los *payṭanim*, aunque muy irregularmente y por vía de tanteos, hasta que esta nueva forma poética se fue afirmando y adquiriendo solidez de

construcción. Pero es muy significativo el hecho de que encontremos en germen, y hasta con cierto desarrollo, en el Eclesiástico todos estos elementos métricos, en gran parte de abolengo bíblico, que siglos después habían de alcanzar tan extraordinaria floración. En esto, como en los demás aspectos que dejamos estudiados, el Eclesiástico ocupa una posición intermedia que le presta singular relieve en la historia de la literatura y de la lengua hebrea.

David Gonzalo Maesc